

los relatos de calibre  38



NINGÚN POLVO CUESTA TRES MIL NAPOS

© Pablo Hernández Pérez

Limones me llamó desde detrás de la barra. Yo metí la bola número cinco en la bolsa del lateral y le gané diez napos a Romano. Apoyé el taco contra la pared, cobré y me acerqué a la barra.

—Vicente, esta señorita pregunta por ti. —Se refería a una rubita plantada frente a la barra. De pronto se me iluminó el rostro. Se trataba de Nieves, una vecina del barrio que me había tratado muy bien hacía dos años en el Hospital de las Hermanas Servidoras de Jesús, donde ella trabajaba como enfermera, y donde yo había ido a parar con la nariz partida y dos costillas rotas. Dos matones me habían propinado una paliza en un callejón mientras jugaba a los detectives. Por supuesto traté de engatusarla durante las dos semanas que pasé hospitalizado, pero Nieves era una mujer de modales muy refinados. Para ella yo no era más que un trozo de carne duro sin una pizca de educación y sensibilidad,

mientras que a ella le gustaba el tenis, Bécquer y los paseos a la luz de la luna.

—Hola, señor Folgado —dijo—. Le busqué en su oficina pero la puerta estaba cerrada. El conserje del edificio me dijo que podía encontrarle aquí.

Llevaba un jersey azul celeste con rayas blancas, sin cuello, con las mangas dobladas hasta el codo, pantalones ajustados y pequeños calcetines blancos metidos en zapatos de suela de crepé. Un bombonazo.

—Es que estoy redecorando la oficina —mentí—. En estos momentos tengo a cuatro decoradoras venidas de Italia trabajando todo el día. Tratan de optimizar el espacio y los colores. Ya sabe.

—Entiendo —dijo—. Pero yo necesito hablar con usted. ¿Tiene un momento?

Limones nos preparó una mesa en un rincón del fondo y nos sonrió al dejarnos solos, mostrándonos una hilera de dientes amarillos a causa de los caramelos de limón para el aliento que consumía en cantidades casi industriales, y que era lo que le había dado el apodo.

—Está bien, nena, ¿de qué se trata?

—Se trata de Ramón, mi hermano. Murió hace tres días. Asesinado.

Lo dijo sin mostrar demasiado dolor.

—Lo siento —dijo—. No sabía que tuviera un hermano.

Abrió el bolso, extrajo una fotografía y me la entregó. Se trataba de un hombre alto, delgado y de barba descuidada, sin ningún rasgo que lo hiciera especial en ningún sentido.

—Ramón y yo nunca estuvimos muy unidos —dijo—. Hacía meses que no sabía nada de él.

—¿Por qué? ¿Habían discutido?

—No —dijo—. Yo no aprobaba su modo de vida. Ramón siempre estaba metido en líos.

—¿Qué clase de líos?

—Peleas, hurtos, drogas. Ramón se juntaba con muy mala gente.

Limones llegó con los whiskies, los dejó sobre la mesa y volvió a dejarnos solos.

—¿Cómo murió?

—Alguien le disparó y se dio a la fuga. Supongo que conocerá los detalles, ocurrió en el barrio.

—Por supuesto —mentí. La verdad es que me había pasado los últimos tres días tumbado en el sofá superando un coma etílico que pesqué el fin de semana y no me habría enterado, de haberse producido, ni del Día del Juicio Final.

Aplasté el cigarrillo en el cenicero y me enchufé otro.

–Bueno –dije–, tratándose de alguien con sus antecedentes lo que es seguro es que el móvil no fuera el robo. Probablemente estaba metido en alguna otra cosa. ¿Qué es lo que quiere exactamente de mí?

–Que descubra quién mató a mi hermano y lo entregue a la Justicia.

–Creí que su hermano y usted no tenían demasiada relación –dije, y me eché un trago por la garganta.

–Que yo no aprobara su forma de vida no significa que no me importe lo que le ha sucedido. Después de todo era mi hermano, ¿no?

–Ya, pero la Policía ya debe estar encargándose de eso. ¿Por qué me necesita?

–Porque no confío en la Policía. Ellos nunca resuelven nada, sobre todo en este universo cutre de ficción imaginado por escritores aficionados. Además creí que le vendría bien trabajar, el barman me dijo que estaba sin blanca.

Ensayé una sonrisa más bien falsa. Limones estaba al corriente de mis coqueteos con su esposa y siempre que se presentaba la ocasión trataba de resarcirse poniéndome en ridículo.

—Mi especialidad son los asuntos de cuernos, no los casos de asesinato —dije por decir algo.

—Lo sé —respondió—. Pero le conozco bien y sé que es usted perfectamente capaz de encargarse de este asunto. ¿Cuál es su tarifa habitual?

—Cuarenta al día más gastos. Pero a usted se lo dejo en treinta y cinco si me da un beso ahora, y otro cuando todo termine.

—Lo siento, pero solo he venido por motivos profesionales, no lo olvide.

—Seguro —dije—. Pero tenía que intentarlo. Además es posible que cambie de opinión más adelante.

—¿Más adelante? ¿Cuándo?

—No sé. Quizá un día que la encuentre borracha. Las mujeres descuidan las defensas cuando están bebidas. Por cierto, no ha probado usted ni una sola gota. ¿Por qué no se bebe la copa y subimos a mi oficina a ponernos cómodos?

Se puso en pie.

—Muy tentador —dijo—. Pero no es usted mi tipo. Por favor, llámeme en cuanto averigüe algo. No me importa lo que me cueste.

—Claro, muñeca —dije—. Me pondré en faena en seguida. Es

decir, en cuanto termine mi copa. ¿Seguro que no me quiere acompañar?

No contestó, pero me dio igual porque sabía que solo había un modo de engatusarla: descubriendo la identidad del asesino y entregándolo a la justicia. Así que apuré mi copa, pedí otra, y luego otra hasta que me sentí en condiciones óptimas para salir a la calle.

Al parecer los hechos habían ocurrido de madrugada, frente al número 21 de la calle Centelles. Esa fue toda la información que pude obtener en toda la mañana después de patearme con una fotografía de Ramón en la mano todas las fruterías, bares, locutorios y asociaciones vecinales del barrio. Pero no estaba todo perdido, la mejor *nariz* de Ruzafa frecuentaba siempre un bar que quedaba muy cerca, así que fui a verle. Una *nariz* es un confidente que sabe muchas cosas sobre asuntos sucios y obtiene de la Policía grandes emolumentos por revelar esas cosas. Como ya saben andaba sin blanca, así que le pagué con una promesa: la de no partirle los dientes si no me decía lo que quería saber. Fue así como averigüé que a Ramón se le había visto saliendo de la planta baja de una fulana llamada Carmela que cobraba precios muy reducidos.

Animado por las palabras “fulana” y “precios reducidos” tiré el cigarrillo al suelo, pulsé el timbre y la puerta se abrió en seguida. Para ser sincero no se trataba de la fulana entradita en

años y carnes que había imaginado, sino de una mujer todavía aprovechable con dos pechos tan perfectos que podrían haber servido de inspiración a Dios.

La valoré en cuarenta pavos, habitación aparte.

—Lo siento, los martes no recibo —dijo.

—Debería usted poner eso en la puerta —dije alegremente—.

Pero no estoy aquí por eso. O al menos no solo por eso.

—¿Entonces qué demonios quiere?

—Eso depende. ¿Vive usted aquí?

—¿Quién lo pregunta?

—Humberto Janeiro —dije—. Quiero hacerle unas preguntas con relación al tipo que hallaron muerto aquí al lado la otra noche.

Volvió a mirarme de arriba abajo.

—¿Es usted poli? Ya les dije a sus amigos todo lo que sabía.

Sonreí.

—No soy policía. Estoy aquí en nombre de la familia del fallecido.

De repente apareció en su rostro una expresión de cautela.

—Pues no sé nada de eso.

—De todos modos se lo voy a preguntar: ¿le visitó el fallecido en alguna ocasión?

–¿Está usted sordo? Le digo que no sé nada. Además ahora no tengo tiempo de hablar con usted. Estoy esperando visita.

Tomó la puerta y empezó a cerrarla, pero yo metí el pie rápidamente evitando que la cerrara.

–Pensé que había dicho que no recibía los martes. ¿Qué me diría si quisiera yo pasar un rato con usted a solas? Le pagaré cien pavos.

–Le diría que no malgasto mi tiempo con tipos como usted –dijo–. Y ahora aparte su pie de mi puerta o llamo a la Policía inmediatamente.

Yo me alejé caminando calle abajo sumido en pensamientos. ¿Por qué había rechazado mis cien pavos? Si no sabía realmente nada, ¿qué tenía que perder pasando un rato conmigo? No parecía el tipo de mujer que despreciaría dinero sin una buena causa.

A menos de cincuenta metros de la casa, y haciendo esquina, localicé una cabina. Nieves contestó después del tercer timbrazo.

–Hola, muñeca –dije–. Le llamo desde una cabina en la calle Centelles. ¿Podría acercarse hasta aquí en su coche?

–Escuche, Vicente, deje de llamarme muñeca –dijo, e hizo una pausa–. Espere, ¿por qué me necesita?

–Lo entenderá cuando esté aquí –respondí–. Y traiga algo de beber. Me he pasado todo el día buscando pistas por el barrio y

estoy seco.

Dos minutos después regresé sobre mis pasos y me planté en la esquina. Desde allí tenía una magnífica vista del portal de Carmela. Lo único que tenía que hacer hasta que llegara Nieves era vigilar de cerca los movimientos de la fulana, y estar atento a quienes la visitaban.

Un Hyundai igualito que el Pussycat de Penélope Glamour apareció poco después y se encaminó hacia dónde yo estaba. Estacionó y se abrió la ventanilla. Incluso sin maquillaje seguía siendo un bombón.

Me dirigió una mirada de interrogación.

—¿Qué sucede, señor Folgado? Espero que se trate de algo importante.

—Se lo explicaré enseguida —dije—. Aparque aquí, por favor.

Abrí la puerta y tomé asiento a su lado.

—Tengo la impresión de que esa tal Carmela sabe algo con relación a la muerte de Ramón —dije—. Puede que me equivoque, pero sospecho que vale la pena tenerla vigilada durante las próximas horas. Además, así tendremos tiempo de conocernos mejor.

Adoptó un gesto de sorpresa.

—¿Me ha hecho venir aquí solo para eso? ¿Y por qué no la

vigila usted solito?

Sonreí.

–Muñeca, la única manera de vigilar la casa sin provocar alboroto en este barrio es simular que somos una pareja de enamorados.

–¿Y por qué tuvo que elegirme a mí?

–Bueno, iba a llamar a mi amigo Limones, pero supuse que no íbamos a parecer una pareja de enamorados. Al menos no sin una buena dosis de maquillaje.

Suspiró.

–Además –añadí–, permítame decirle que conozco a un puñado de chicas que se volverían locas de alegría si se encontrasen en su situación.

–Yo no tengo la culpa de que sus amigas tengan gustos raros.

–Muy graciosa –dije, y deslicé mi brazo alrededor de su nuca.

–¿Qué demonios hace?

–Nada, solo simulo estar enamorado de usted. Y usted debería hacer lo mismo. ¿Por qué no se relaja un poco?

–Pues yo prefiero que simulemos ser una pareja que discute.
¿No sería lo mismo?

—No —dije, y traté de mordisquearle la oreja.

—¡Domínese, Vicente! —exclamó tironeando para soltarse—. Entre usted y yo nunca habrá nada que no sea estrictamente profesional, ¿lo entiende?

—Como quiera —dije—. Pero al menos échese unos tragos conmigo. ¿Qué ha traído de beber?

—Supongo que no creará que emborrachándome voy a acostarme con usted, ¿verdad?

—Bueno, reconozco que suele funcionarme.

Abrió la guantera y me pasó una botella de bourbon.

—Espero que esto le entretenga un rato —dijo.

Durante la siguiente hora hablamos y bebimos, y aunque lo intenté, Nieves se mostró esquivia y fría en todo momento. En un momento dado le pregunté si era lesbiana con la esperanza de estimular su orgullo de mujer, estrategia que hasta la fecha había utilizado con éxito. Pero se puso hecha una fiera. Al menos, y de eso no cabía duda, parecíamos una pareja que discute.

En todo ese tiempo apenas vimos movimiento, excepto por dos fulanas, una negra y otra pelirroja, que salieron del portal inmediato al de Carmela y se pasearon por delante de nuestro coche sin prestarnos especial atención. Durante un rato estuvieron dando vueltas por el barrio, bamboleando las caderas y

coqueteando con todo lo que llevara pantalones, hasta que finalmente engatusaron a dos tipos y entraron con ellos al portal del que habían salido.

Mientras, yo fumaba y bebía.

—¿Nunca se ha planteado dejar el alcohol y el tabaco, Vicente?

—Claro, preciosa —dije—. Una vez. Y fueron los peores seis minutos de mi vida.

—Debería usted hacerse cómico. Su sentido del humor haría furor en la televisión.

Estaba a punto de decir una tontería cuando un Astra blanco apareció calle abajo y se detuvo delante del portal de Carmela. Un tipo grandote, con sandalias playeras y camisa hawaiana, salió del coche y miró en todas direcciones antes de decidirse a pulsar el timbre. Lo hizo dos veces, pero la puerta no se abrió. Volvió a pulsarlo, esta vez con mayor entusiasmo, pero el resultado fue el mismo. No pulsó más veces la puerta, sino que volcó todo su peso sobre la puerta y esta cedió. El tipo pasó y cerró la puerta a su espalda.

—Debe tratarse de un cliente —dijo Nieves.

—Quizá —dije—. O quizá no. Esperemos a ver qué sucede.

Habían pasado dos minutos y estaba a punto de echarme

otro trago de bourbon por la garganta cuando se oyeron gritos en el interior de la casa. Antes de que muriera el sonido ya había sacado yo mi 45 y tenía la mano en el pomo de la puerta. Lo giré y empujé la puerta. Me encontré en un saloncito, a juzgar por los muebles. Abarqué la estancia con una rápida mirada. No se veía a nadie. Al final había una puerta cerrada. A mi derecha había otra puerta. La abrí y la atravesé con precaución, pistola en mano. Carmela yacía sobre el suelo. Tenía el vestido desgarrado a la altura del hombro y se le veía un pecho. Además sangraba del labio inferior.

–¡Mire lo que me ha hecho ese maldito bruto! –me gritó–. ¿Es que no piensa hacer nada?

–Perdone, estaba admirando su pecho –dije–. ¿Por dónde ha escapado?

Me indicó con la mano la ventana abierta.

–No se tape hasta que yo vuelva, ¿eh?

Salí disparado por la ventana, pero para entonces el tipo del Astra había arrancado y salido escopeteado.

Diez minutos después pedí a Nieves que atendiera a la fulana. Es lo bueno de las enfermeras, conocen las emergencias cuando se presentan y obedecen sin preguntar. Mientras tanto yo interrogaba a Carmela. Dijo que oyó cómo llamaba, pero que no abrió porque, como ya dijo, era martes y los martes era su día de

descanso. Lo único que recordaba era que le había atacado por detrás, y que era un individuo fuerte y que vestía una camisa hawaiana. Nieves le administró un sedante que llevaba en el bolso y la acompañó hasta su habitación.

Cuando regresó al salón me encontró fumando junto a la ventana.

—¿Cree que existe alguna conexión entre este asalto y la muerte de Ramón? —me preguntó.

—Seguro —dije—. Pasó demasiado tiempo entre que ese hombre entró y los gritos. Lo que es seguro es que hablaron un poco antes de que el asaltante escapara. En cuanto se le pase el efecto del sedante la someteré a un interrogatorio. Mientras tanto lo mejor será que vuelva usted a casa.

Descolgué su bolso del respaldo de una silla y se lo entregué.

—¿Y dejarle aquí solo?

Sonreí.

—No veo qué peligro podría correr en casa de una fulana.

—Seguro que intenta seducirle —dijo.

—Bueno, es lo menos que puede hacer después de haberle salvado de ese animal.

—Desde luego, y usted se dejaría llevar, ¿me equivoco?

Seguro que es parte de alguna de sus fantasías.

–Pues yo creo que está usted celosa.

–¿Celosa yo? ¿Cuándo dije que me gustaban las cucarachas?

Después de tanto dar por culo amenazando con quedarse resultó que tenía guardia en media hora y tenía que marcharse inmediatamente. ¿Ustedes entienden a las mujeres?

En cuanto me quedé a solas me puse a curiosear un poco por la casa, empezando por la cocina. Era el tipo de cocina que uno espera encontrar en la casa de una fulana como Carmela. Por todas partes, en el fregadero, sobre el banco y por el suelo, había cacerolas sucias y vasos también sucios. El cubo de basura estaba lleno de botellas vacías de ginebra y whisky barato. Bueno, no todas las botellas estaban vacías. A un par de ellas le restaban todavía un par de tragos. ¿Por qué desperdiciar semejante tesoro?

Espanté las moscas, cogí una botella y me la empiné hasta sacarle todo el jugo.

Después entré en la habitación de Carmela.

–Despierte, princesa. Ya es hora de que usted y yo hablemos un poco.

Abrió los ojos y me miró.

–¿Qué demonios ocurre ahora? Escuche, me siento terriblemente cansada. ¿No podríamos dejar eso para otro

momento?

Me senté en el borde de la cama.

—Lo siento, nena, no es posible. Quiero que me cuente exactamente por qué ese hombre vino a verla. ¿Le conocía?

—Ya le he dicho todo lo que sé —dijo—. Déjeme dormir.

Me volvió la espalda dispuesta a seguir durmiendo.

—Escuche, caramelito. La saqué de un lío mayúsculo hace un rato, así que creo tener derecho a saber qué está pasando. De modo que bájese del caballo y hable.

Se bajó del caballo, pero solo para insultarme y seguir durmiendo. Sin duda esta mujer estaba hecha de granito. Supongo que se debe a la influencia de su profesión. Aprenden a endurecer el carácter a base de tratar con clientes de la peor calaña.

Solo que no hay nadie de peor calaña que yo.

La agarré del bíceps, a la altura del nervio musculocutáneo, y apreté enérgicamente. Se trataba de un viejo truco que aprendí siendo machaca del Kiss Club. Especialmente útil cuando se trata de aplacar clientes que se pasan de la raya.

—¡Bruto! ¡Me hace daño!

—Voy a zurrarte la badana si no largas ahora mismo —le advertí seriamente—. Y ahora cuénteme todo antes de que pierda los nervios.

Carmela retorció el brazo entre mis dedos, tratando de liberarse de la presión. Pero el dolor la ablandó y acabó rindiéndose.

—¡Está bien! —gimió, y yo bajé la presión. Sus ojos se encharcaron de lagrimillas—. Ese hombre que vino antes quería dinero.

Por fin empezábamos a entendernos.

—¿Qué dinero?

—El dinero que me entregó el tipo al que encontraron muerto. Creo que su nombre era Ramón. Hace unos días vino a verme y me entregó un dinero a cambio de mis servicios.

—¿Qué servicios?

—No se haga el tonto, usted ya lo sabe.

—Perdone, solo quería calentarme un poco. Continúe.

—Pues eso. Pasamos un rato juntos. Él estaba borracho y no paraba de hablar. Mencionó algo acerca de un robo a un restaurante, y que su socio y él habían discutido y él había cogido todo el dinero y se había largado. Dijo que su socio jamás le encontraría. Me pagó generosamente.

—¿Cuánto le pagó?

—Tres mil.

—¿Por acostarse con usted?

–Sí.

–Ningún polvo cuesta tres mil napos –dije.

–Ya le dije que estaba borracho –señaló–. Además insinuó que esa era solo una parte pequeña de todo el botín. Según entendí debe tener el resto del dinero escondido en alguna parte.

Tenía sentido. Probablemente Ramón se arrepintió de haber soltado la lengua y quiso comprar el silencio de Carmela con una cantidad importante. Por otra parte su compinche debió de seguirle los pasos hasta aquí, y al salir Ramón de la casa le exigió el dinero, este se negó, pelearon y Ramón resultó muerto.

–Ha hecho bien contándomelo todo –dije–. Ese otro tipo no descansará hasta que recupere el dinero del robo, y probablemente piense que lo tiene usted todo. ¿Dónde tiene el dinero que le entregó?

Vaciló durante unos segundos mientras me miraba con su labio hinchado. Luego se puso en pie, caminó hasta el centro de la habitación, se agachó, levantó una baldosa suelta del suelo y sacó un sobre grueso.

–Los tres mil euros –dijo–. Pero son míos. Ese tipo, Ramón, me los entregó.

Solo llevaba un camisón puesto, así que pude observarla mejor. Ya les he dicho que no era gran cosa, pero estábamos solos en la habitación, y había una cama, y ella era una mujer, y tenía

aquellos dos hermosos pechos, y yo era un hombre, y tenía esa cosa larga que tanto gusta a las mujeres.

–Yo no he dicho que vaya a quedármelos, ¿qué clase de hombre cree que soy? –Hice una pausa–. Sin embargo ese dinero tampoco era de Ramón, así que lo justo es que lo entregue a la Policía para que le pueda ser devuelto al restaurante.

–¿Está usted loco? ¡Eso jamás!

–Así es la ley, nena.

Me miró con ojos de gata salvaje.

–Está bien, supongo que todo lo que quiere es una parte del dinero, ¿no es así?

Sonreí.

–No sería ético por mi parte aceptar una parte de ese dinero –dije–. Sin embargo creo merecer algo a cambio de ayudarla, ¿no cree?

Apoyó todo su peso sobre una pierna y puso los brazos en jarra. Una postura muy sexi.

–¿Y cuanto me costaría eso?

Sonreí nuevamente.

–He dicho que nada de dinero –dije acercándome a ella y agarrándola de la cintura–. Yo la protegeré y usted cubrirá mis necesidades, ¿comprende?

Su actitud hacia mí cambió radicalmente mientras asimilaba mis intenciones. Me rodeó el cuello con los brazos, apelando a sus mañas profesionales.

–Creo que comprendo –dijo con ojos sonrientes.

Comenzamos a besarnos.

Por la mañana me sentía hecho trizas. Para ser justos, había que reconocer que esa Carmela era toda una profesional. Quizá no valiera un pepino como esposa, pero ¿quién quiere una esposa cuando uno puede permitirse tratar con profesionales de verdad?

Aparté su cabeza de mi hombro, me puse en pie, me enfundé una bata rosa que encontré colgada detrás de la puerta y pasé al salón. Luego me serví una copa, descolgué el teléfono y marqué un número.

–¿Vadillo?

Vadillo era un amiguete de la Policía al que recurría cuando me interesaba obtener información de primera mano. Siempre que podía me ayudaba, y todo se lo debía a la confianza que le tenía a mis corazonadas en las carreras de galgos. Siguiendo mis consejos se había hecho casi rico.

–¿Quién habla?

–Soy Vicente. ¿Podemos hablar?

–¿Qué cojones quieres esta vez?

De acuerdo, quizá exageré un poco con aquello de hacerse rico. Digamos que había ganado unos cuantos pavos a mi costa.

–Nada –dije–. Solo me preguntaba qué tal estarías. La última vez que te vi parecías más delgado. ¿Qué tal tu hermana? Oí que se había operado las tetas.

–Que te den –dijo–. ¿Qué quieres?

–Información sobre un robo a un restaurante.

–¿Y por qué demonios iba yo a decirte algo sobre eso?

–Por la amistad que nos une –dije chupando mi cigarrillo–. Anda, sé bueno. Y otra cosa, si quieres hacerte rico sigue mi consejo y apuesta todo lo que tengas a Barrabás como ganador. Mañana, cinco treinta.

–¿Rico? La última vez que seguí tu consejo perdí doscientos pavos.

–Bueno, vale, haz lo que quieras. ¿Sabes algo del robo o tengo que buscarme otro confidente?

–No estaría mal, ¿sabes? Si los jefes se enteran alguna vez de toda la información que te paso bajo manga me echarán a patadas.

–Venga, no seas cascarrabias. Dame lo que pido y quizá

haga algo por ti en breve.

–¿Algo? ¿En qué andas metido esta vez?

–Todavía no puedo decir nada, pero te prometo que serás el primero en enterarte si todo sale como he planeado.

Pareció meditar mis palabras. Después dijo:

–Está bien, sé que me arrepentiré, pero te diré lo que sé. Dos tipos enmascarados atracaron un restaurante en la Gran Vía hace una semana. Se llevaron ocho mil en metálico.

–Bonita suma. ¿Alguna pista?

–Los ladrones huyeron en un Opel Astra blanco. Uno de ellos podría ser un tal Sandro “El Fino”, un tipo grandote y con mala uva. Se le sospechan varias muertes, aunque solo se le probó una. Salió hace seis meses del trullo.

–Interesante.

–Bueno, eso es todo lo que puedo decirte. La Policía está haciendo todo lo posible por encontrar a los ladrones.

–Seguro –dije.

–Oye, ¿realmente me juego todo por ese perro?

–Es lo que voy a hacer yo –mentí–. Sé listo y arriesga lo que tengas.

–Bueno, me jugaré diez pavos. Pero como no gane esta vez...

Colgué el teléfono. A continuación apuré la copa de un trago y seguí chupando mi cigarrillo. Entonces se me ocurrió que no estaría mal telefonar a Nieves y preguntarle qué tal había dormido. Las mujeres de su clase saben valorar ese tipo de detalles, y ella no se esperaría algo parecido de mi parte.

—¿Gatita?

—¿Vicente?

—El mismo. ¿Qué tal ha pasado la noche?

—Bien, gracias. Escuche, ha llegado un sobre esta mañana.

—¿Un sobre? ¿De quién?

—De Ramón.

Hundí el cigarrillo en el cenicero y me serví otra copa.

—Bueno, ¿y va a decirme qué contiene o voy a tener que desplazarme hasta su casa?

—Seguro que eso le resultaría excitante —dijo—. Pero no es necesario. El sobre contiene una llave pequeña. Una llave con un número.

—¿Y alguna dirección?

—Sí. Xàtiva 24. Es la Estación del Norte. ¿Alguna idea de lo que puede ser?

—Alguna —dije—. Oiga, va a tener que colaborar en esto, ¿entiende? Coja esa llave y vaya hasta allí. Después busque la

taquilla vinculada a esa llave, coja lo que haya y espéreme. ¿Lo ha entendido?

—Claro —dijo—, ¿pero qué va a hacer usted mientras tanto? ¿Llevarle el desayuno a la cama a su amiguita?

La idea se coló en mi cabeza y comenzó a tomar forma.

—Muy graciosa —dije con fingido fastidio—. Lo que voy a hacer es resolver todo este embrollo.

—Supongo que habrán pasado la noche juntos.

Reí.

—Si piensa usted eso de mí es que no me conoce todavía. Nena, me gusta usted mucho; y no malgastaría ni un segundo con esa chica. ¿Por qué no cenamos juntos cuando todo esto termine?

—Lo siento, pero los locales que usted frecuenta no son de mi agrado.

—Podemos ir al Club de Tenis si lo prefiere.

—Oh, ¿ha estado usted allí anteriormente? Me sorprende.

—Hace tres semanas —dije—. El director del club me contrató para que averiguara quién se orinaba en la sopa.

—¡Embustero!

—Pues es verdad —mentí—. ¿Ha estado usted por allí últimamente?

La comunicación se cortó de sopetón.

Volví a la habitación con la copa en la mano y descubrí que Carmela ya se había levantado y ocupado asiento junto a la ventana. Su rostro había mejorado ostensiblemente, aunque su labio inferior seguía hinchado.

—¿Qué demonios hace con mi bata rosa? —preguntó.

—¿Por qué? ¿No me queda bien?

—Déjese de tonterías —refunfuñó—. Dijo que me protegería, ¿lo recuerda?

—Claro, preciosa. ¿Pero por qué no vuelve a la cama? El colchón se va a enfriar y ya estoy un poco acatarrado.

—Primero empiece despachando a ese hombre —dijo señalando un Astra blanco.

Me acerqué a la ventana y aparté cuidadosamente la cortina. Al otro lado de la calle un hombre con camisa hawaiana estaba sentado detrás del volante, simulando leer un periódico.

—Oh, eso es maravilloso —dije.

Carmela me miró con ojos no muy amistosos.

—¿Qué tiene de maravilloso esto? Ese hombre intentó matarme, ¿por qué no sale ahí fuera y lo detiene?

—Porque no tenemos nada contra él, usted ha declarado que no lo vio bien, y tampoco robó nada. ¿De qué podríamos

acusarle? Mire, lo que necesitamos es cogerlo con las manos en la masa, y para eso tiene usted que hacer lo que yo le diga. ¿Tiene una maleta vacía?

–¿Por qué? ¿Acaso quieres que me marche?

–No –dije–. Pero quiero que parezca que lo hace. De ese modo el compinche de Ramón se verá obligado a actuar, y cuando lo haga podré echarle el guante.

Le conté rápidamente en qué consistía mi plan, aunque al ser rubia le llevó su tiempo asimilarlo.

–Cerdo, lo que quieres es usarme como cebo –me echó en cara. En su mirada se mezclaba la sospecha y la decepción de verse una vez más manipulada por mí.

–No serás un cebo –mentí–. Yo estaré siempre dos pasos detrás de ti. No te pasará nada, te lo prometo.

Me pareció que mis palabras tenían la misma credibilidad que una promesa electoral de Rajoy, pero a ella parecieron tranquilizarla.

–Entonces, ¿no será peligroso?

–No –dije–. Pero si aparece ese matón y le arrebatara la maleta no se lo impida, ¿entiende?

Asintió con la cabeza.

–Oiga, si hago lo que usted dice... ¿podré quedarme con el

dinero?

—Claro —dije—. Si hace lo que digo podrá quedarse con todo. Con todo salvo con mi comisión.

Se puso tensa de golpe.

—¡Usted dijo que no tocaría ni un céntimo de ese dinero!

—Por supuesto —dije—. Yo no he hablado de dinero. Solo digo que quizá, de cuando en cuando, yo podría pasarme por aquí, tal vez en su día libre, y podría invitarme a una copa, y luego podríamos pasar a su cama y comprobar el estado de los muelles.

—Es usted el diablo —dijo.

—No —contesté—, solo he aprendido algunos de sus trucos.

Me vestí y mientras esperaba a que Carmela saliera del baño telefoneé a un taxi. Cuando este se presentó delante de la casa, Carmela bajó la escalinata con la maleta y se metió en él. Desde detrás de las cortinas pude observar cómo el tipo del Astra ponía el motor en marcha al tiempo que el taxi partía.

Una de las cosas que me gustan de Valencia es que no es una ciudad grande. Si uno la conoce bien puede ir a casi cualquier sitio andando, y la calle Centelles no quedaba lejos de la estación. Un peatón rápido y sin miedo podría cruzar Germanías y plantarse en la estación antes que un taxi, y yo era un peatón rápido y sin miedo.

Llegué a Xàtiva en el momento en que Carmela salía del taxi y enfilaba la terminal despacio y rodeada de gente. Mientras, “El Fino” estacionó al otro lado de la calzada, frente al McDonald’s de la esquina, y cruzó precipitado el paso de peatones dejando el motor en marcha.

Yo me acerqué a su coche y esperé acontecimientos. Si trataba de escapar lo haría en su coche. Entonces sucedió lo que yo había previsto: un barullo, gritos y a continuación el matón apareció con la maleta en la mano y se abrió paso en dirección a donde yo me encontraba.

En cuanto pasó a mi lado yo descargué mi rodilla con todas mis fuerzas, le derribé y, una vez en el suelo, le pateé las costillas. Eso hubiera sido suficiente para noquear a cualquiera, pero no para un tipo con las espaldas como portones de establo. En lugar de quebrarle unos cuantos huesos, el tobillo se me giró violentamente, produciéndome un dolor que me atravesó la espina dorsal hasta la coronilla.

Le costó lo suyo, pero finalmente se puso en pie y se me echó encima con ímpetu tambaleante. Esquivé su primera embestida, le pegué en la nariz con el puño y sentí temblar los nudillos. Llegados a este punto quizá lo sensato hubiera sido huir, porque estaba visto que mis golpes no le hacían ni cosquillas, y su mirada era la de un hombre que tiene intención de matar, y nada ni nadie le detendrá.

A la segunda embestida me enganchó, me agarró de la garganta con las dos manos y apretó con todas sus fuerzas. Mientras, yo le martilleaba las costillas sin lograr persuadirle, en ningún momento, de que dejara de estrangularme. Estaba a punto de perder el conocimiento cuando se me ocurrió un viejo truco. Quizá no fuera demasiado elegante, pero no era el momento de serlo, y aunque lo hubiera sido, Vicente Folgado no habría sabido ni por dónde empezar. En fin, le clavé los dedos en los ojos con tal precisión que me soltó la garganta, se echó las manos al rostro y, aprovechando las circunstancias, le empecé a patear por todo el cuerpo hasta que quedó de rodillas. Luego, animado por el público que se había arremolinado a nuestro alrededor, me impulsé hacia arriba y le propiné una espectacular patada giratoria en plena mandíbula.

Sandro “El Fino” cayó sobre el asfalto y se retorció como una ardilla herida. El público a mi alrededor comenzó a aplaudir.

Entonces apareció Nieves con un pequeño paquete bajo el brazo.

—¿Qué ha pasado? Estaba esperándole, tal y como usted dijo que hiciera, cuando oí gritos y salí a ver qué sucedía.

—Oh, nada —dije alegremente—. Este tipo es el asesino de su hermano. Le acabo de dar una paliza.

—Oh, Dios mío, ¿está muerto?

–No. Aunque probablemente se dedique a vender cupones a partir de ahora. Eso si no le cae la perpetua, claro. ¿Averiguó qué había en esa taquilla?

–No lo adivinaría nunca –dijo.

–¿Cenaría conmigo esta noche si lo adivino?

Sin esperar a ver si aceptaba la oferta me acerqué y le susurré al oído la suma de dinero que había sido robada del restaurante, menos los tres mil que Ramón había entregado a Carmela.

–Quizá falte algo más, pero estoy convencido de que, en términos generales, esa es la cantidad.

Me miró sorprendida.

–¿Cómo lo ha sabido?

–Se lo diría, pero no quiero que se le borre esa expresión de la cara hasta que haya cumplido con la apuesta.

En ese momento apareció Carmela acompañada de dos guardias de seguridad. Media hora después Carmela, Nieves y yo nos encontrábamos en la central de Policía.

–Está bien, Folgado, cuéntame todo –me pidió Baena.

Me encendí un cigarrillo y me senté sobre la mesa.

–Fácil –dije–. Cuando supe que Ramón le había entregado los tres mil a Carmela, sospeché que todo tenía que estar

relacionado con un robo a gran escala. Como sabemos ahora por la confesión de Sandro “El Fino”, Ramón y él atracaron el restaurante Vips de Gran Vía; pero después, por algún motivo que probablemente nunca sabremos, Ramón le traicionó y se fugó con el botín. El caso es que esa misma noche Ramón se emborrachó, fue a ver a Carmela y le contó todo, o al menos parte. También sé, y así lo constatan los hechos, que Sandro “El Fino” dio con Ramón, discutieron y este resultó muerto. Al no llevar el dinero encima, “El Fino” pensó que Carmela debía tener el dinero del robo, o al menos que debía saber dónde estaba. Así que en cuanto tuvo ocasión se coló en su casa y trató de que le pusiera sobre la pista del dinero. Solo que no contaba con que yo estaría vigilando la casa, y al verme armado se asustó y escapó. El resto ya lo sabe.

—Entonces, ¿es cierto que utilizaste a la señorita Carmela como cebo?

—Correcto —dije—. Yo sabía que si “El Fino” pensaba que Carmela se marchaba con el botín se vería obligado a actuar, y entonces podría cogerle. Y así fue.

Baena se dirigió a la fulana.

—¿Por qué no gastó usted los tres mil? Pensé que a las chicas de su posición les chiflaban los abrigos de piel y las joyas.

—¿Gastarme ese dinero? Eso hubiera sido una verdadera estupidez. Mi intención era guardar ese dinero hasta poder iniciar

mis estudios.

—Oh, ¿pensaba usted iniciar una carrera con ese dinero? ¿Y qué quería estudiar?

—Jardín de infancia —dijo—. Me gustan los niños. Vicente, ¿le gustan los niños?

La pregunta me cogió por sorpresa. La muy zorra debía tener la esperanza de engatusarme. La clásica y patética historia de la campesina que se enamora del héroe.

—Claro —dije—. Pero fritos.

Baena se puso en pie.

—Basta de tonterías. Señorita Carmela, debe usted entregarnos los tres mil. Son del restaurante.

Me miró con ojos desorbitados.

—Usted dijo que podría quedarme con ese dinero.

Puse cara de tonto.

—¿En serio? ¿Cuándo?

Carmela explotó. En mi vida de detective había tenido ocasión de escuchar todo tipo de palabrotas; pero lo que ahora oía era como para inflamar las aguas de un río.

Quince minutos después Nieves y yo abandonamos la comisaría.

–Bueno, creo que me debe usted una cena –dije.

Nieves rio.

–Jamás dije que aceptara –dijo–. Pero reconozco que sabe usted realizar su trabajo, así que acepto su propuesta. ¿Dónde quiere que cenemos?

–Donde tenga usted por costumbre hacerlo, por supuesto. Creo que podré adaptarme.

–Oh –exclamó–. Yo ceno siempre en la cama. ¿Podrá adaptarse a eso?

Me agarró de la solapa y sus labios se acercaron a los míos.

–Creo que podré –dije, y deslicé mi brazo por su cintura.

Mis dedos sentían su espalda, lisa y luego cóncava, y, más abajo, sus nalgas firmes como sandías.

Pablo Hernández Pérez (Valencia, 1978), cursó estudios en el Gremio Patronal de Joyeros de Valencia, profesión que apenas llegaría a ejercer. Fue probablemente su relación con el mundo del oro y los diamantes lo que le llevó a fantasear primero y a escribir después sus primeros relatos de género negro, algunos de ellos publicados en revistas como Letralia, Tierra de Letras. Sin embargo fue con un relato de corte existencialista titulado La cita de Laura con el que obtuvo el primer premio en el certamen EXPRESA RELATOS en 2003. Ya en 2012 obtuvo el primer premio en el certamen de relatos brevísimos Mimosa: Homenaje a la Novela Negra con el relato El hombre más fuerte del mundo. Desde entonces trabaja en una serie de relatos protagonizados por Vicente Folgado, un detective privado que haría sonrojar a sus compañeros de profesión.